

Lara Prescott

Los secretos que guardamos





Seix Barral Biblioteca Formentor

Lara Prescott

Los secretos que guardamos

Traducción del inglés por
Aurora Echevarría

Título original: *The Secrets We Kept*

© Lara Prescott, 2019

Publicado de acuerdo con Folio Literary Management, LLC e International Editors' Co.

© por la traducción, Aurora Echevarría, 2020

© Editorial Planeta, S. A., 2020

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: febrero de 2020

ISBN: 978-84-322-3630-3

Depósito legal: B. 971-2020

Composición: Moelmo, SCP

Impresión y encuadernación: CPI (Barcelona)

Printed in Spain - Impreso en España

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1
✚
LA MUSA

Cuando llegaron los hombres de traje negro, mi hija les ofreció una taza de té. Ellos aceptaron educados, como si fueran nuestros invitados. Pero cuando empezaron a volcar los cajones de mi escritorio, a tirar al suelo los libros de la estantería, a dar la vuelta a los colchones y a revolver los armarios, Ira apartó el hervidor del fogón y colocó de nuevo las tazas y los platitos en el armario.

Un hombre que llevaba un gran cajón de embalar ordenó a los otros que metieran en él todo lo que pudiera ser útil, y mi hijo pequeño, Mitya, fue al balcón, donde tenía su eriza, y la envolvió en su jersey, como si temiera que los hombres se la llevaran también. Uno de ellos —el que luego me deslizaría la mano por el trasero mientras me hacía subir a su coche negro— le acarició la cabeza diciéndole que era un buen chico. Mitya, mi dulce Mitya, se la apartó con un movimiento violento y se retiró a la habitación que compartía con su hermana.

Mi madre, que estaba en el cuarto de baño cuando los

hombres llegaron, salió en albornoz con el pelo todavía mojado y las mejillas rojas.

—Te lo dije. Te dije que vendrían.

Los hombres revolvían entre cartas de Borís, notas, listas de comida, recortes de periódico, revistas, libros.

—Te dije que sólo nos traería problemas, Olga.

Sin embargo, antes de que yo pudiera responder, uno de los hombres me agarró por el brazo —más como un amante que como alguien con órdenes de arrestarme— y, echándome el aliento caliente en la nuca, me dijo que teníamos que irnos. Me quedé paralizada. Sólo los aullidos de mis hijos lograron devolverme al presente. La puerta se cerró detrás de nosotros, pero sus llantos se hicieron aún más fuertes.

El coche torció dos veces a la izquierda y una a la derecha. Luego otra a la derecha. No hizo falta que mirara por la ventanilla para saber adónde me llevaban los hombres de traje negro. Estaba mareada y así se lo dije al hombre que tenía más cerca, que olía a cebolla frita y col. Bajó la ventanilla: un pequeño gesto de amabilidad. Pero las náuseas persistieron, y antes de que apareciera ante nosotros el gran edificio de ladrillo amarillo me dieron las arcadas.

De niña aprendí a contener la respiración y a poner la mente en blanco cuando pasaba por delante de la Lubianka, pues decían que el Ministerio de Seguridad Estatal detectaba los pensamientos antisoviéticos. En aquel entonces no tenía ni idea de qué eran los pensamientos antisoviéticos.

El coche dejó atrás una rotonda y luego la verja que daba al patio interior de la Lubianka. Se me llenó la boca de bilis, que me apresuré a tragar. Los hombres sentados a mi lado se apartaron todo lo que pudieron.

El coche se detuvo.

—¿Cuál es el edificio más alto de Moscú? —preguntó el hombre con aliento a cebolla y col, abriendo la puerta.

Sentí otra oleada de náuseas, y me eché hacia delante y arrojé los huevos fritos del desayuno sobre los adoquines. No salpiqué los insulsos zapatos negros del hombre por un pelo.

—La Lubianka, por supuesto. Dicen que desde el sótano se ve hasta Siberia.

El segundo hombre se rio y apagó el cigarrillo con la suela del zapato.

Escupí dos veces y me limpié la boca con el dorso de la mano.

Una vez dentro del gran edificio de ladrillo amarillo, los hombres de traje negro me entregaron a dos mujeres guardias, no sin antes decirme con la mirada que debería estar agradecida de que no fueran ellos los que me acompañaran hasta mi celda. La mujer más corpulenta, que tenía un bigote fino, se quedó sentada en la esquina, en una silla de plástico azul, mientras la más menuda me pedía que me desnudara con el tono suave de quien camela a un niño para ir al lavabo. Me quité la chaqueta, el vestido y los zapatos, y me quedé en mi ropa interior color carne mientras la mujer menuda me quitaba el reloj y los anillos. Al dejarlos en un contenedor metálico provocó un ruido que rebotó en las paredes de cemento, luego me indicó con gestos que me quitara el sostén. Me negué, cruzando los brazos.

—Tiene que quitárselo —dijo la guardia que estaba sentada en la silla azul, dirigiéndose a mí por primera vez—. Podría ahorcarse con él.

Me desabroché el sostén y me lo quité, y sentí el aire frío en los pechos. Me fijé en que me recorrían el cuerpo con la mirada. Incluso en circunstancias así las mujeres se evalúan unas a otras.

—¿Está embarazada? —me preguntó.

—Sí —respondí.

Hasta entonces no lo había reconocido en voz alta.

La última vez que Borís y yo habíamos hecho el amor fue una semana después de que él rompiera conmigo por tercera vez. «Se acabó —me dijo—. Esto tiene que terminar.» Yo estaba destrozando a su familia. Era la causa de su sufrimiento. Me había dicho todo eso mientras recorríamos una calleja perpendicular a la Arbat, y tropecé en la puerta de una panadería. Él se acercó para ayudarme y le grité que me dejara en paz. Los transeúntes se detuvieron para mirar.

La semana siguiente se presentó en la puerta de casa. Me traía un regalo: un lujoso salto de cama japonés que sus hermanas habían comprado en Londres por encargo. «Pruébate», me imploró. Me escondí detrás del biombo y me lo puse. La tela era rígida y poco favorecedora, y se abombaba en el estómago. Me iba demasiado grande; tal vez les había dicho a sus hermanas que era un regalo para su mujer. Me horrorizó y así se lo dije. Él se rio. «Quítate lo entonces», me dijo. Y me lo quité.

Al cabo de un mes empecé a sentir un cosquilleo en la piel, como cuando uno se mete en una bañera de agua caliente después de pasar frío. Había sentido antes ese cosquilleo, con Ira y Mitya, y supe que llevaba una criatura en las entrañas.

—Entonces vendrá a verte pronto un médico —dijo la guardia menuda.

Me registraron y me lo quitaron todo, me dieron una

gran bata gris y unas zapatillas dos números más grandes, y me escoltaron hasta un cubículo de cemento donde sólo había una estera y un cubo.

Me tuvieron tres días allí, dándome *kasha* y leche agria dos veces al día. Vino un médico a examinarme, pero sólo confirmó lo que yo ya sabía. Gracias a la criatura que crecía dentro de mí, me ahorré las cosas horribles que había oído que les hacían a las mujeres en ese cubículo.

Al cabo de tres días me trasladaron a una celda más amplia, también de cemento, con otras catorce reclusas. Me dieron una cama con un bastidor metálico atornillado al suelo. En cuanto las guardias cerraron la puerta, me tumbé en ella.

—No puedes dormir ahora —me dijo la chica que estaba sentada en la cama de al lado. Tenía los brazos delgados con llagas en los codos—. Vendrán a despertarte. —Señaló los deslumbrantes tubos fluorescentes del techo—. No está permitido dormir durante el día.

—Y tendrás suerte si consigues dormir una hora por la noche —dijo una segunda mujer. Tenía un ligero parecido con la primera, pero era lo bastante mayor para ser su madre.

Me pregunté si estaban emparentadas o si después de pasar un tiempo en ese lugar, bajo esa luz brillante y con la misma ropa, todas acababan pareciéndose.

—Entonces es cuando vienen a buscarte para darte sus *pequeñas charlas*.

La joven lanzó una mirada a la mujer mayor.

—¿Qué hacéis en lugar de dormir? —pregunté.

—Esperamos.

—Y jugamos al ajedrez.

—¿Al ajedrez?

—Sí —dijo una tercera mujer que estaba sentada en una mesa en el otro extremo de la celda. Levantó un caballo hecho con un dedal—. ¿Juegas?

Yo no sabía jugar, pero aprendería a lo largo del siguiente mes de espera.

Los guardias venían, en efecto. Todas las noches sacaban a una mujer y la traían de vuelta a la celda número 7 horas después, con los ojos rojos y callada. Aunque yo me preparaba cada noche por si venían a buscarme, me sorprendí cuando por fin lo hicieron.

Me despertaron dándome unos golpecitos con la porra en mi hombro desnudo.

—¡Tus iniciales! —espetó el guardia por encima de mi cama.

Los hombres que venían por la noche siempre nos pedían las iniciales antes de llevarnos a alguna parte. Respondí entre dientes. El guardia me ordenó que me vistiera y no apartó la vista mientras yo me cambiaba.

Caminamos hasta el final de un pasillo oscuro y bajamos varios tramos de escaleras. Me pregunté si los rumores acerca de la Lubianka eran ciertos: que tenía veinte pisos por debajo del suelo y comunicaba con el Kremlin por medio de túneles, y que uno de ellos iba a dar a un búnker equipado con todos los lujos que había sido construido para Stalin durante la guerra.

Me condujeron hasta el final de otro pasillo, donde había una puerta con el número 271. El guardia la abrió un poco y miró antes de abrirla de par en par con una risotada. No era una celda, sino un almacén con torres de carne enlatada, cajas de té pulcramente amontonadas y sacos de harina de centeno. El guardia señaló con un

gruñido otra puerta en el otro extremo de la habitación, aunque en ésta no había número. La abrí. Una vez dentro, pasaron unos segundos hasta que los ojos se me acostumbraron a la luz. Era una oficina con mobiliario elegante que no habría estado fuera de lugar en el vestíbulo de un hotel. En una pared había estantes llenos de libros encuadernados en cuero, y en la otra, tres guardias colocados en fila. Un hombre con una túnica militar estaba sentado tras un gran escritorio en el centro de la habitación. Encima del escritorio había montones de libros y cartas: *mis* libros, *mis* cartas.

—Siéntese, Olga Vsévolodovna —dijo.

Tenía los hombros redondeados de alguien que se ha pasado la vida detrás de un escritorio o encorvado realizando arduos trabajos; viéndole las manos con las uñas perfectamente cuidadas con las que sostenía una taza de té, supuse que lo primero. Me senté en la pequeña silla que tenía delante.

—Siento haberla hecho esperar.

Entonces empecé a soltar la retahíla que llevaba semanas preparando.

—No he hecho nada malo. Debe ponerme en libertad. Tengo familia. No hay...

Levantó un dedo.

—¿*Nada malo*? Eso lo sabremos... con el tiempo. —Suspiró y se hurgó los dientes con la punta de la uña gruesa y amarillenta del pulgar—. Y nos llevará tiempo.

Yo había esperado que me soltaran cualquier día, que todo se resolvería y pasaría Nochevieja junto a una estufa caliente brindando con Borís con una bonita copa de vino georgiano.

—Veamos, ¿qué ha hecho usted? —Revolvió unos papeles y sostuvo en alto lo que parecía una orden de deten-

ción—. Expresar «opiniones antisoviéticas de naturaleza terrorista» —leyó, como si se tratara de los ingredientes de una receta de bizcocho de miel.

Uno pensaría que el terror deja el cuerpo helado, entumecido, preparándolo para el daño inminente. En mi caso, ardía como el fuego y se desplazaba de un extremo a otro.

—Por favor, necesito hablar con mi familia.

—Permítame que me presente. —Sonrió y se recostó en la silla, haciendo crujir el cuero—. Soy su humilde interrogador. ¿Puedo ofrecerle un té?

—Sí.

No hizo ademán de ir a buscarlo.

—Me llamo Anatoli Sergéyevich Semiónov.

—Anatoli Sergéyevich...

—Puede llamarme Anatoli. Acabaremos conociéndonos bastante bien, Olga.

—Puede dirigirse a mí como Olga Vsévolodovna.

—Muy bien.

—Me gustaría que me hablara sin rodeos, Anatoli Sergéyevich.

—Me gustaría que fuera sincera conmigo, Olga Vsévolodovna. —Sacó un pañuelo manchado del bolsillo y se sonó—. Hábleme de la novela que él ha estado escribiendo. He oído hablar de ella.

—¿Qué ha oído?

—Dígame, ¿de qué trata *El doctor Zhivago*?

—No lo sé.

—¿No lo sabe?

—Todavía la está escribiendo.

—Supongo que si la dejo aquí sola un rato, con papel y pluma, podrá reflexionar sobre lo que sabe o deja de saber acerca del libro y ponerlo por escrito. ¿Le parece un buen plan?

No respondí.

Se levantó y me entregó un fajo de hojas blancas. Luego se sacó del bolsillo una pluma chapada en plata.

—Tome, puede utilizar mi pluma.

Me dejó con su pluma, las hojas y los tres guardias.

Estimado Anatoli Sergéyevich Semiónov:

¿Debo empezar como si fuera una carta? ¿Cómo se encabeza una confesión?

Tengo algo que confesar, pero no es lo que usted quiere oír. Y una confesión así, ¿por dónde se empieza? ¿Tal vez por el principio?

Dejé la pluma en la mesa.

La primera vez que vi a Borís fue en una conferencia. Estaba detrás de un atril de madera sencillo, y un foco arrancaba destellos de su pelo canoso y hacía brillar su frente ancha. Recitaba sus poemas con los ojos muy abiertos, y sus expresiones intensas e infantiles se propagaban como ondas a través del público, elevándose incluso hasta mi asiento en el palco. Movía las manos deprisa, como si dirigiera una orquesta. Y en cierto modo, eso era lo que hacía. A veces el público no podía contenerse y gritaba los versos antes que él. En un momento dado, Borís guardó silencio un instante y alzó la vista hacia los focos, y yo hubiera jurado que me vio observarlo desde el palco, que mi mirada atravesó las luces blancas hasta encontrarse con la suya. Cuando terminó, me levanté con las manos juntas, olvidándome de aplaudir. Vi cómo la gente se precipitaba hacia el escenario y lo rodeaba, y me quedé de pie mientras mi fila, el palco y finalmente el auditorio entero se vaciaron.

Cogí la pluma.

¿O debería empezar por cómo empezó?

Menos de una semana después del recital de poesía, Borís estaba de pie en la gruesa y mullida alfombra roja del vestíbulo de las oficinas de la revista literaria *Novy Mir* charlando con el nuevo director, Konstantín Mijáilovich Símonov, un hombre con un ropero lleno de trajes de antes de la guerra y dos sortijas de rubí que tintineaban entre sí mientras fumaba su pipa. No era extraño que los escritores vinieran a las oficinas. De hecho, me encargaban a mí que se las enseñara, les ofreciera té o los llevara a comer, las gentilezas habituales. Pero como Borís Leonídovich Pasternak era el poeta vivo más famoso de Rusia, Konstantín en persona le hizo de anfitrión y lo condujo por la larga hilera de escritorios, presentándolo a los redactores, diseñadores, traductores y otros miembros importantes del personal. De cerca, Borís era aún más atractivo que sobre el escenario. Tenía cincuenta y seis años, pero podría haber pasado por un hombre de cuarenta. Su mirada se movía rápido entre la gente mientras intercambiaba palabras de cortesía, con sus ya elevados pómulos realzados por una amplia sonrisa.

Mientras se acercaban a mi escritorio, cogí el manuscrito de poesía en cuya traducción había estado trabajando y empecé a hacer correcciones al azar. Por debajo del escritorio, retorcí los pies dentro de los zapatos de tacón.

—Me gustaría presentarle a una de sus más apasionadas admiradoras —le dijo Konstantín a Borís—. Olga Vsévolodovna Ivínskaia.

Le tendí la mano.

Borís me volvió la muñeca para besarme el dorso de la mano.

—Encantado de conocerla.

—Me fascinan sus poemas desde niña —dije, sonando un poco estúpida mientras él se apartaba.

Al sonreír, dejó ver el hueco entre sus dientes.

—En estos momentos estoy trabajando en una novela.

—¿De qué trata? —le pregunté, y en el acto me maldije por haberle pedido a un escritor que explicara su proyecto antes de tenerlo acabado.

—Sobre el viejo Moscú. Eres demasiado joven para recordarlo.

—Qué emocionante —dijo Konstantín—. Y ya que lo mencionas, sigamos hablando de él en mi oficina.

—Espero volver a verla, Olga Vsévolodovna —dijo él—. Es bonito seguir teniendo admiradores.

Ahí empezó todo.

La primera vez que accedí a quedar, yo llegué tarde y él pronto. Dijo que no le importaba, que había ido a la plaza Púshkinskaia una hora antes y había disfrutado viendo cómo las palomas se turnaban para posarse sobre la estatua de bronce de Pushkin como sombreros vivos con plumas. Cuando me senté a su lado en el banco, me tomó la mano y dijo que no había pensado en nada más desde que me había conocido, que no había podido dejar de preguntarse en lo que sentiría cuando me acercara, me sentara a su lado y me tomara la mano.

Después de eso, todas las mañanas me esperaba fuera de mi piso. Antes de ir a trabajar, paseábamos por los anchos bulevares, cruzábamos plazas y parques y pasábamos por encima y por debajo de todos los puentes que se extendían sobre el Moscova, sin tener nunca un rumbo en mente. Ese verano los tilos habían estado en plena floración, y por toda la ciudad flotaba un olor dulce y ligeramente a podrido.

Yo le hablé de todo: de mi primer marido, a quien había encontrado ahorcado en nuestro piso; del segundo, que había muerto en mis brazos; de los hombres con los que había estado antes y después. Le hablé de mis vergüenzas, de mis humillaciones, de mis placeres ocultos: ser la primera persona en bajar de un tren, colocar mis cremas faciales y perfumes con la etiqueta delante, el sabor de la tarta de cereza amarga para desayunar. Esos primeros meses hablé y hablé, y Borís escuchó.

Hacia final de verano empecé a llamarlo Borya y él empezó a llamarme Olya. Y la gente empezó a hablar de nosotros, sobre todo mi madre. «Es sencillamente inaceptable —diría tantas veces que perdí la cuenta—. Es un hombre casado, Olga.»

Sin embargo, yo sabía que a Anatoli Sergéyevich no le interesaba oír esa confesión. Sabía la confesión que esperaba de mí. Recordaba sus palabras: «El destino de Pasternak dependerá de lo sincera que usted sea». Cogí de nuevo la pluma y volví a empezar.

Estimado Anatoli Sergéyevich Semiónov,

El doctor Zhivago trata sobre un médico.

Es una crónica de los años transcurridos entre las dos guerras:

Trata sobre Yuri y Lara.

Trata sobre el viejo Moscú.

Trata sobre la vieja Rusia.

Trata sobre el amor.

Sobre nosotros.

El doctor Zhivago no es antisoviética.

Cuando Semiónov regresó una hora después, le entregué mi carta. Él la leyó y le dio la vuelta.

—Podrá volver a intentarlo mañana por la noche.

Arrugó el papel, lo tiró e hizo un ademán a los guardias para que me llevaran de vuelta a la celda.



Noche tras noche, un guardia venía a buscarme y Semiónov y yo teníamos nuestras pequeñas charlas. Y noche tras noche, mi humilde interrogador me hacía las mismas preguntas: «¿De qué trata la novela?» «¿Por qué la está escribiendo?» «¿Por qué quiere protegerlo?»

Yo no le dije lo que quería oír: que la novela se mostraba crítica con la revolución. Que Borís había rechazado el realismo socialista para describir personajes que vivieran y amaran siguiendo los dictados de su corazón, al margen de la influencia del Estado.

No le dije que Borya había empezado a escribir la novela antes de que nos conociéramos. Que ya tenía en mente a Lara y que en las primeras páginas su heroína se parecía a su mujer, Zinaída. No le dije que, con el tiempo, Lara acababa convirtiéndose en mí. O tal vez yo me convertía en ella.

No le dije que Borya me había llamado su *musa*, que afirmaba haber avanzado más en la novela en nuestro primer año juntos que en los tres anteriores. Que al principio me había atraído su nombre —el nombre que todo el mundo conocía—, pero que me había enamorado de él a pesar del nombre. Que, para mí, él era más que el poeta famoso que se subía al escenario, la fotografía del periódico, la persona bajo los focos. Que me deleitaba en sus imperfecciones: el hueco entre los dientes; el peine que utilizaba, que tenía veinte años y se negaba a reemplazar; cómo se rascaba la mejilla con una pluma cuando pensaba, dejándose un trazo de tinta negra en el rostro, o cuán-

to se esforzaba en escribir su gran obra, por mucho que le costara.

Y se esforzaba. De día escribía a un ritmo furioso, dejando que las páginas llenas cayeran en una cesta de mimbre que tenía debajo de su escritorio. Y por la noche me leía lo que había escrito.

A veces ofrecía lecturas en pequeñas reuniones por todo Moscú. Los amigos se sentaban en semicírculo alrededor de una mesa pequeña a la que se sentaba él. Yo me sentaba muy cerca haciendo orgullosa de anfitriona, la mujer que estaba a su lado, la casi esposa. Él leía a su manera excitada, dejando que las palabras se amontonaran unas sobre otras, mirando justo por encima de la cabeza de los que estaban sentados delante.

Yo asistía a las lecturas públicas que daba en la ciudad, pero no a las de Peredélkino, que estaba a un breve trayecto en tren de Moscú. La dacha de la colonia de escritores era el territorio de su mujer. La casa de madera rojiza con grandes ventanas saledizas estaba situada en lo alto de una colina de suave pendiente. Detrás de ella había hileras de hayas y abetos, y a un lado, un sendero de tierra que conducía a un gran huerto. Cuando Borya me llevó por primera vez, se tomó su tiempo para explicarme cuáles eran las hortalizas que habían prosperado con los años y cuáles no, y por qué.

La dacha, más grande que las viviendas corrientes de la mayoría de los ciudadanos, había sido construida por el Gobierno. De hecho, toda la colonia de Peredélkino era un obsequio de Stalin en persona a una serie de escritores de la Madre Patria cuidadosamente seleccionados para ayudarlos a florecer. «La producción de almas es más importante que la producción de tanques», había dicho.

Como decía Borya, también era una forma de tenerlos vigilados. En la casa de al lado vivía el autor Konstantín Aleksándrovich Fedín, y a poca distancia, Kornéi Ivánovich Chukovski, que trabajaba en sus libros para niños. Colina abajo estaba la casa en la que Isaak Emanuílovich Bábel vivía, donde lo arrestaron y a la que nunca más volvió.

Y yo nunca le conté a Semiónov que Borya me había confesado que lo que escribía podía causarle la muerte, ni que temía que Stalin acabara con él como había hecho con tantos amigos suyos durante las purgas.

Las vagas respuestas que yo ofrecía no dejaban satisfecho a mi interrogador, quien me daba más papel y su pluma, y me pedía que volviera a intentarlo.

Semiónov lo intentó todo para sacarme una confesión. A veces era amable, me traía un té y me preguntaba mi opinión sobre la poesía, diciendo que siempre había sido un admirador de la primera obra de Borya. Consiguí que un médico me viera una vez a la semana y dio instrucciones a los guardias para que me proporcionaran una manta de lana.

En cambio, otras veces intentaba acosarme, diciendo que Borya había tratado de entregarse a cambio de que me soltaran. Una vez que un carro metálico rodó por el pasillo y se empotró con gran estrépito contra una pared, bromeó diciendo que era Borís, que estaba golpeando las paredes de la Lubianka para que lo dejaran entrar.

O decía que lo habían visto en algún acto, y que tenía buen aspecto con su mujer del brazo. *Libre de carga* era el término que utilizaba. A veces no era su mujer sino una bonita joven. «Creo que francesa.» Yo me obligaba a sonreír y a decir que me alegraba saber que estaba feliz y con salud. Semiónov nunca me puso una mano encima ni amenazó con hacerlo. Pero la violencia siempre estuvo

presente y su gentileza siempre era calculada. Había conocido a hombres como él a lo largo de toda mi vida y sabía de qué eran capaces.



Por la noche, mis compañeras de celda y yo nos tapábamos los ojos con tiras de tela mohosa en un intento inútil de protegerlos de las luces que nunca se apagaban. Los guardias iban y venían. El sueño iba y venía.

Las noches que no podía conciliarlo, inhalaba y exhalaba intentando sosegar la mente el tiempo suficiente para abrir una ventana a la criatura que crecía dentro de mí. Me llevaba una mano al vientre e intentaba sentirlo. Una vez me pareció notar algo, tan pequeño como una burbuja que se revienta. Me aferré a esa sensación todo lo que pude.

A medida que mi vientre crecía, me permitieron descansar una hora más que a las otras mujeres. También me dieron una ración extra de *kasha* y alguna que otra porción de col al vapor. Mis compañeras también me daban parte de su comida.

Al final me proporcionaron una bata más holgada. Mis compañeras me pedían permiso para poner una mano sobre mi vientre y sentir las patadas del niño. Sus patadas eran como una promesa de vida fuera de la celda número 7. «Nuestro recluso más pequeño», susurraban.



La noche empezó como las demás. Me despertaron dándome unos golpecitos con la porra y me escoltaron hasta la sala de interrogatorios. Me senté delante de Semiónov

y me dieron una hoja nueva. Luego llamaron a la puerta. Un hombre con el pelo de un blanco casi azulado entró en la habitación y le dijo a Semiónov que ya había organizado la reunión. El hombre se volvió hacia mí.

—Usted la ha pedido y ya la tiene.

—¿La he pedido? —le pregunté—. ¿Con quién?

—Con Pasternak —respondió Semiónov con esa voz más estridente y severa que ponía en presencia de otros hombres—. La está esperando.

Yo no me lo creí. Pero cuando me encerraron en la parte trasera de un furgón sin ventanillas, me permití creérmelo. O más bien no pude evitar albergar un rayo de esperanza. La idea de verlo, aun en esas circunstancias, era la mayor alegría que había tenido desde la primera patada de nuestro bebé.

Me condujeron a otro edificio gubernamental, donde me hicieron recorrer una serie de pasillos y bajar varios tramos de escaleras. Cuando llegamos a una sala oscura del sótano, estaba agotada y sudada, y no pude evitar pensar que Borya iba a verme con ese aspecto horrible.

Di una vuelta recorriendo la habitación con la mirada. No había sillas ni mesa. Del techo colgaba una bombilla desnuda, y en el centro del suelo inclinado había un desagüe oxidado.

—¿Dónde está? —pregunté, dándome cuenta en el acto de lo estúpida que había sido.

En lugar de responder, mi escolta me empujó bruscamente a través de la puerta metálica, que se cerró a mis espaldas.

El olor me asaltó las fosas nasales. Era dulzón e inconfundible. Vi unas camillas con unos bultos alargados

cubiertos por unas lonas. Me fallaron las rodillas y me caí al suelo frío y mojado.

¿Estaba Borís debajo de alguna lona? ¿Por eso me habían llevado hasta allí?

La puerta volvió a abrirse después de lo que podrían haber sido unos minutos o unas horas, y dos brazos me ayudaron a levantarme. Me arrastraron de nuevo por las escaleras y por más pasillos que me parecieron interminables.

Nos subimos a un montacargas que había al final de otro pasillo. El guardia cerró la puerta y movió la palanca. Los motores cobraron vida y el montacargas se sacudió con violencia, pero no se movió.

—Siempre me olvido —dijo con suficiencia, empujándome para que bajara—. Hace siglos que no funciona.

Se dirigió hacia la primera puerta a la izquierda y la abrió. Dentro estaba Semiónov.

—La estábamos esperando.

—¿Quiénes?

Dio dos golpes en la pared. La puerta volvió a abrirse y entró un anciano arrastrando los pies. Tardé un momento en darme cuenta de que era Serguéi Nikoláyevich Nikíforov, el antiguo profesor de Lengua y Literatura de Ira, o una sombra de quien había sido. Tenía la barba hirsuta, aunque en circunstancias normales la llevaba muy pulcra, los pantalones se le caían de su cuerpo delgado y le faltaban los cordones de los zapatos. Hedía a orina.

—Serguéi —pronuncié sin emitir sonido alguno.

Pero él rehuyó mi mirada.

—¿Empezamos? —preguntó Semiónov, y, sin esperar respuesta, añadió—: Bien, volvamos sobre ello. Serguéi Nikoláyevich Nikíforov, ¿confirma, tal como nos dijo ayer, que presencié conversaciones antisoviéticas entre Pasternak e Ivínskaia?

Grité, pero el guardia que estaba de pie junto a la puerta me hizo callar de una bofetada. Volvieron a empujarme contra la pared de azulejos, pero no sentí nada.

—Sí —respondió Nikíforov, con la cabeza todavía gacha.

—¿Y que Ivínskaia le informó de sus planes de huir con Pasternak?

—Sí.

—¡No es verdad! —grité.

El guardia se abalanzó sobre mí.

—¿Y que escuchaba programas radiofónicos antisoviéticos en casa de Ivínskaia?

—Eso no..., en realidad, no... creo...

—Entonces ¿nos mintió?

—No.

El anciano se llevó las manos temblorosas a la cara para tapársela y dejó escapar un gemido que sonó como de otro mundo.

Me insté a desviar la mirada, pero no lo hice.

Se llevaron a Nikíforov después de su confesión, y a mí me condujeron de vuelta a la celda número 7. No estoy segura de cuándo empezó el dolor —llevaba horas entumecida—, pero en algún momento mis compañeras de celda avisaron al guardia de que mi saco de dormir estaba empapado en sangre.

Me llevaron al hospital de la Lubianka, y mientras el médico me decía lo que yo ya sabía, sólo pude pensar en que la ropa todavía me olía al depósito de cadáveres, a muerte.



«Las declaraciones de los “testigos” nos han permitido descubrir sus actos. Ha continuado denigrando el régimen y la Unión Soviética. Ha escuchado *La voz de América*. Ha difamado a los escritores soviéticos con ideas patrióticas y ensalzado la obra de Pasternak, un escritor con opiniones contrarias al régimen.»

Escuché el veredicto del juez y la cifra que dio. Pero no até cabos hasta que me llevaron de nuevo a la celda.

—Cinco años —respondí cuando alguien me preguntó.

Sólo entonces lo comprendí: cinco años en un campo reeducativo de Potma. Cinco años a seiscientos kilómetros de Moscú. Mi hija y mi hijo ya serían adolescentes. Mi madre tendría casi setenta. ¿Seguiría con vida? Borís habría pasado página..., habría encontrado una nueva musa, una nueva Lara. Tal vez ya lo había hecho.

El día siguiente a mi veredicto me dieron un abrigo apollado y me subieron a una furgoneta con capota de lona llena de otras mujeres. A través de una abertura en la parte trasera veíamos desfilas Moscú.

En un momento determinado, unos colegiales cruzaron la calle de dos en dos por detrás de la furgoneta. Su profesor les dijo que miraran al frente, pero un niño se volvió y nuestras miradas se encontraron. Por un instante me imaginé que era mi hijo, mi Mitya, o tal vez la criatura a la que nunca conocería.

Cuando la furgoneta se detuvo, los guardias nos gritaron que nos bajáramos y subiéramos rápidamente al tren que nos llevaría al Gulag. Pensé en las primeras páginas de la novela de Borya, en Yuri Zhivago subiéndose a un tren con su joven familia, buscando refugio en los Urales.

Los guardias nos hicieron sentar en los bancos de un vagón sin ventanas, y mientras el tren se ponía en marcha, cerré los ojos.

Moscú se expande en círculos, como un guijarro que cae en agua estanca. La ciudad se extiende de su centro rojo a sus bulevares, monumentos y edificios de pisos, cada uno más alto y ancho que el anterior. Luego hay árboles, campo y nieve, mucha nieve.